

Ser luz y sal para los demás

Tanto la luz como la sal eran elementos de gran importancia para el antiguo pueblo de Israel. Gracias al aceite de oliva, abundante y de gran calidad en Galilea, los contemporáneos de Jesús gozaban de lámparas de aceite que les permitía una abundante iluminación. Gracias a la sal conservaban los alimentos en salazón en una época en la que no existían frigoríficos.

Tan importantes fueron estos dos elementos que se convirtieron en símbolos religiosos. La Palabra de Dios es como luz que ilumina a las personas y como sal que da sabor a la existencia.

Ser sal y luz para los demás, según el profeta Isaías, consiste en: partir el pan con el que no tiene, no oprimir a nadie, no hablar mal de nadie, hospedar a los sin techo, no adoptar gestos amenazadores... Sólo entonces seremos luz para los demás. Sólo entonces podremos pedir que Dios nos escuche también a nosotros.

SABÍAS QUE... La sal

La sal era un producto muy apreciado en Israel. Tenía múltiples usos y simbolismos. En tiempos de Jesús el pescado se consumía habitualmente en salazón. También se salaba la carne.

Cuando dos personas hacían un pacto o cerraban un trato, tomaban ambos un poco de sal para expresar su compromiso por ser fieles al acuerdo cerrado. Un poco de sal con mostaza era un excelente remedio para calmar el dolor de muelas. La Palabra de Dios fue comparada con la sal porque da sabor a la vida y mantiene a la persona en la fidelidad a Yahvé.



ORACIÓN: Señor, ayúdanos para que nuestras vidas sean un rayo de luz capaz de iluminar a quienes viven encerrados en su oscura soledad. Que cada mañana regalemos a quienes nos rodean nuestra mejor sonrisa. Señor, ayúdanos a ser sal que da sabor a la vida. Aleja de nosotros la monotonía insípida y la indiferencia sin sabor. Que seamos sal y luz; testigos de tu palabra y tu amor.

APERTURA PÁGINA WEB PARROQUIA SANTA CLARA– HOY DOMINGO

www.parroquiasantaclara.com (Vitoria—Gasteiz)



COMUNIDAD DE SANTA CLARA

Lectura del santo evangelio según san MATEO 5,13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: – Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte.

Tampoco se enciende una vela para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa.

Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo.

Palabra del Señor

«Ustedes son sal de la tierra; la sal sirve para dar sabor; pero cuando la sal se hace insípida, ¿para qué sirve?, ¿para qué sirve una Iglesia, un cristiano, cuando su predicación, su ejemplo se ha trastornado en un servilismo, en adulación, en quedar bien con el mundo? Sal insípida, luz apagada.

Qué fácil es estar bien con todo el mundo, pero qué ineficaz ser lámpara apagada, ¿para qué sirve? La Iglesia necesita de cada uno de nosotros y de todos en conjunto. Cada cristiano tiene que ser como una antorcha, y el conjunto de cristianos tiene que ser como una ciudad en la Montaña».

Monseñor Óscar Arnulfo Romero

LA SAL EVITA LA CORRUPCIÓN

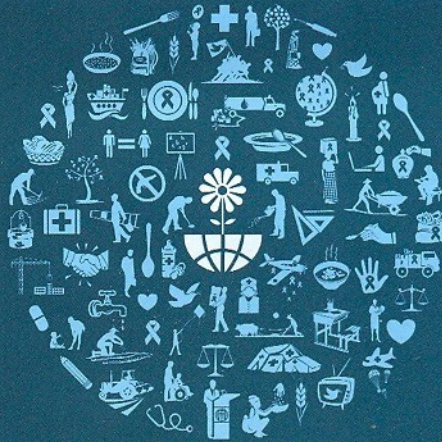
Lamentablemente, basta echar una ojeada a nuestro alrededor para ver que la corrupción se ha adueñado de todos los estamentos de nuestra sociedad. Vemos cómo hay una tendencia a enriquecerse a costa de lo que sea y, lo que es más grave, a costa de quién sea. Esto lo encontramos a todos los niveles: los responsables públicos, que deberían ser los primeros garantes del bien común de los ciudadanos, se desentienden de su misión, para aprovecharse de su situación en su propio beneficio. Vemos cómo, responsables políticos y laborales, los que tienen encomendada la defensa de las clases más desfavorecidas, se aprovechan del dinero destinado a los más débiles, a los parados. Estamos ante la desvergüenza institucionalizada.

Pero la corrupción, no solo llega a niveles altos, también en los estratos sociales más humildes vemos cómo la gente se crea sus mitos y se parten el alma por sus ídolos deportivos que, alimentados por el fervor popular, cobran cifras escandalosas que son un auténtico insulto para la situación actual de las personas. Ídolos que por otra parte, un gran número de ellos, se preocupan de evadir su dinero hacia paraísos fiscales negando así su contribución al bienestar de la gente humilde, que, en definitiva, es quien los encumbra y mantiene.

Corrupción en la misma Iglesia donde el papa Francisco ha tenido que intervenir con toda seriedad en el asunto de las finanzas vaticanas y que ha terminado con algún responsable en la cárcel. Cuando vi que el evangelio de este domingo nos dice que tenemos que ser «sal de la tierra», me dio por pensar que la sal se ha utilizado siempre para conservar los alimentos, para impedir que se corrompan. Por eso, creo que decir que el discípulo de Cristo tiene que ser «sal de la tierra» significa que todos estos casos de corrupción en la sociedad no pueden dejarnos indiferentes. Tenemos que ser, en esta sociedad, profetas que denuncien estas situaciones, anunciando la Buena Nueva de Jesús, viviendo los valores del Reino expresados en las Bienaventuranzas.


Manos Unidas
CAMPAÑA CONTRA EL HAMBRE
GOSEAREN AURKAKO KANPAINA

UN MUNDO NUEVO, PROYECTO COMÚN



BESTELAKO MUNDUA, GUZTION HELBURUA

Hacer todo esto, no en pura teoría, ha llegado la hora de la acción; por ello tenemos que implicarnos a favor de los más desfavorecidos de la sociedad, de las víctimas de la corrupción de los poderosos. Siendo

«sal» denunciaremos la corrupción, pues viviendo los valores del Reino y su justicia, seremos fuente de esperanza para los hombres y mujeres de hoy: esperanza del mundo nuevo inaugurado por Jesús, un mundo donde no cabe la corrupción, la explotación del débil por parte del poderoso, sino un mundo de paz, amor, justicia y libertad. *Manuel Romanos. REVISTA EUCARISTÍA*

Hoy es el día que celebramos la Campaña contra el Hambre. La colecta será para ese fin

Señor, me he olvidado de tus pobres. Señor, me he olvidado de la justicia y, por lo tanto, de Ti. ¿De qué me vale alabarte y buscar mi perfección particular, si trato a tus pobres peor que a los perros y los gatos? Les damos a los pobres las sobras, y aun esas las medimos con medidas de tacañería. Tenemos en la boca y en los escritos la palabra «solidaridad», pero nuestras obras están lejos de ponerla en práctica. Nunca nos alcanza el dinero ni tenemos tiempo para los pobres, y cuanto más tenemos, más queremos tener. ¿Cuándo aprenderé que, cuando me olvido de los pobres, me olvido también de Ti, aunque te lleve en la boca? Conviérteme desde mis entrañas, cambia mi corazón de piedra en corazón de carne. Recuérdate cada día que al atardecer me examinarás del amor .y me preguntará por los pobres. *Patxi Loidi*